

***6 reflexiones
para un cristiano
que ofrece
Evangelización
Activa en 2022***



Cuando perdemos a un ser querido...

es común que pensemos que jamás lo volveremos a ver. Tal vez porque olvidamos lo que nos prometió Jesús: «Ustedes estarán conmigo eternamente».

¿Y qué significa esto?

Significa que la vida no termina al morir, sino que empieza a ser verdaderamente plena. La vida en el Cielo es lo que nuestra alma tanto anhela, pues no descansaremos hasta volver a nuestro Creador.

Seguramente este es un momento extraordinario para el alma que parte, pero los que se quedan no siempre lo viven así... nos resulta difícil asimilar que esa persona ya no está con nosotros... Olvidando que allá nos volveremos a encontrar.





Imagínate a esa mamá que perdió a su bebé

antes de nacer sin saber siquiera si era niño o niña, ¿qué no sentirá al llegar al cielo y verle por primera vez, darle todos los besos que durante su vida guardó en su corazón? Imagínate a ese hombre que perdió a su esposa, a esos nietos que perdieron a sus abuelos... ¡tenemos santos esperándonos en el Cielo! ¿Cómo no querer llegar a verlos?

Si nos hacemos conscientes de lo que viviremos

al dejar nuestro cuerpo terrenal, no podemos más que trabajar con todas nuestras fuerzas y prepararnos para que nuestro adiós a aquellos que han partido sea sólo un «hasta pronto».

La vida terrena es sólo un pequeño viaje hacia la tierra prometida con el Padre, donde viviremos con un cuerpo glorificado. Será el lugar donde los paralíticos de la tierra podrán moverse, donde los enfermos serán sanos y donde la plenitud no terminará nunca.

¡Nuestra meta es el cielo! Empieza a trabajar para alcanzarlo.





María: mujer de fe fuerte y sostenida

Una fe que no se manifiesta ni es operante, es una fe muerta.

María es nuestro modelo de fe por dar su “Hágase”,

una respuesta de plena confianza en Dios. María sabe que Dios jamás la abandona ni la desampara, pues la experiencia de su pueblo ha comprobado su fidelidad.





María cree contra todas las adversidades:

aun cuando Herodes busca al niño para matarlo, o cuando yace muerto en la cruz.

Por tan noble virtud y tan dulce conexión con ella, Jesús llama Madre a la Virgen María. Y esta es una invitación para que nosotros también la llamemos así, especialmente si nos creemos verdaderos miembros de la familia de Jesús.

Es Dios quien quiere que María sea honrada de esta forma,

ella misma lo dice:

«Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones» (Lc 1, 48).

Y nosotros la amamos como Madre del Hijo y Madre nuestra.

¿Cómo honrarás hoy a tu Madre del Cielo, María la Virgen?





La Iglesia: Cuerpo Místico de Cristo

Se le conoce así, porque fue Cristo quien la fundó y se quedó como su cabeza. Pero ningún cuerpo es sólo cabeza, ¿cierto?

¿Dónde están los demás miembros?

Somos nosotros: los cristianos. Cada uno tiene funciones particulares dependiendo de su misión y llamado. Cada miembro es importante, ninguno sobra. Al contrario, se nota su ausencia cuando no está.

Todos nosotros junto a Jesús, somos la Iglesia, somos el sacramento de Cristo y, como tal, debemos reflejarlo a Él como comunidad.





No pienses entonces en la Iglesia como un edificio

al que puedes ir, piensa en la Iglesia como una comunidad a la que perteneces. No vayas a la Iglesia, ¡sé Iglesia!

Participa activamente en construir el Reino y una sociedad cada vez más justa y equitativa. Ora por aquellos hermanos dispersos que no conocen a Dios o que lo conocen, pero no quieren formar parte de Su Cuerpo Místico.

¿Te animas?

Espíritu Santo: fuente de dones y carismas

El Espíritu Santo es el regalo más grande que Dios nos dio, pues nos hace vivir la Vida en Abundancia.

Lo recibimos de manera permanente en nuestro bautismo.

Lo que significa que, en adelante, sólo se irá desarrollando o nos dará gracias especiales conforme el Padre lo vea necesario. Pero, ¿y si no lo desarrollamos? Entonces, como semilla no regada, la gracia no crecerá ni dará frutos, o aún peor... se apagará.





Todos los bautizados

recibimos los siete dones del Espíritu Santo, que sirven para nuestra edificación personal. En cambio, los carismas son gracias especiales que Dios da a algunos para edificar su comunidad... ¡Imagínate el desperdicio de no usar ninguno de estos regalos de Dios!

¿Para qué ayunar si no es Cuaresma?

El ayuno nos permite controlar nuestras pasiones, fue así como Jesús logró vencer las tentaciones del desierto: con ayuno y oración.

El ayuno es necesario para vencer nuestro pecado recurrente, ese en el que *siempre* caemos.

Vale la pena que suframos un poco ahora por no comer, sabiendo que disfrutaremos después por las gracias que esto nos da. Ese ejemplo nos dejó Jesús cuando dijo que la condición para seguirlo era tomar la cruz y renunciar a nosotros mismos.





La debilidad que el ayuno produce nos hace reconocer nuestra miseria,

nuestra fragilidad, nuestra necesidad de Dios. Esto nos lleva a pedir su ayuda, a hacernos necesitados de Su amor... «Sin mí nada pueden hacer» (Jn 15, 5).

Como Jesús, ayunar nos prepara para el envío y para la misión,

pues eliminamos la cortina que nos impide tener un encuentro más íntimo con Dios.

Necesitamos deshacernos de estas ataduras, logramos entregarnos a Jesús plenamente y caminar como hijos de Dios: verdaderamente libres.

A la próxima que te enfrentes a una gran decisión que tomar, sumérgete en un entorno de oración y ayuno. ¡Verás cómo te ayuda a discernir!



Quiero orar, pero no puedo

La oración es el resultado del amor que nos une a Dios; es la única manera de llenarnos espiritualmente, pero a veces no logramos hacerla bien...

Pensemos en que la oración tiene 3 tiempos principales:

1. Hablar

Sacar todo de nosotros para entregárselo a Dios; exponerlo frente a Él con un corazón sincero y sin máscaras.

2. Escuchar

Estar atentos a Su voz que habla por medio de: Su Palabra (la Biblia), nuestra realidad (trabajo, escuela, pasatiempos, problemas, alegrías); nuestros hermanos (familia, amigos, conocidos y desconocidos).



3. Amar

Responder en el sacrificio a lo que nos dice el Señor en esta conversación con Él.



«La oración no es cuestión de tiempo, es cuestión de amor»

Dios no va a recompensarte por orar mucho, sino por orar sinceramente. Y la oración sincera nos ayuda a vivir en el SOL:

Sacramentos

como la comunión y la reconciliación que ya meditamos

Oración y Ayuno

mañana meditaremos más sobre este segundo

Lectura y meditación de la Palabra de Dios
vital para la vida del cristiano

Cuando usamos estas 3 herramientas,

lo notan nuestros hermanos. Nos volvemos «luz y sal de la tierra» (Mt 5, 13- 14). ¿Y si hoy calientas a los que te rodean con tu SOL?
